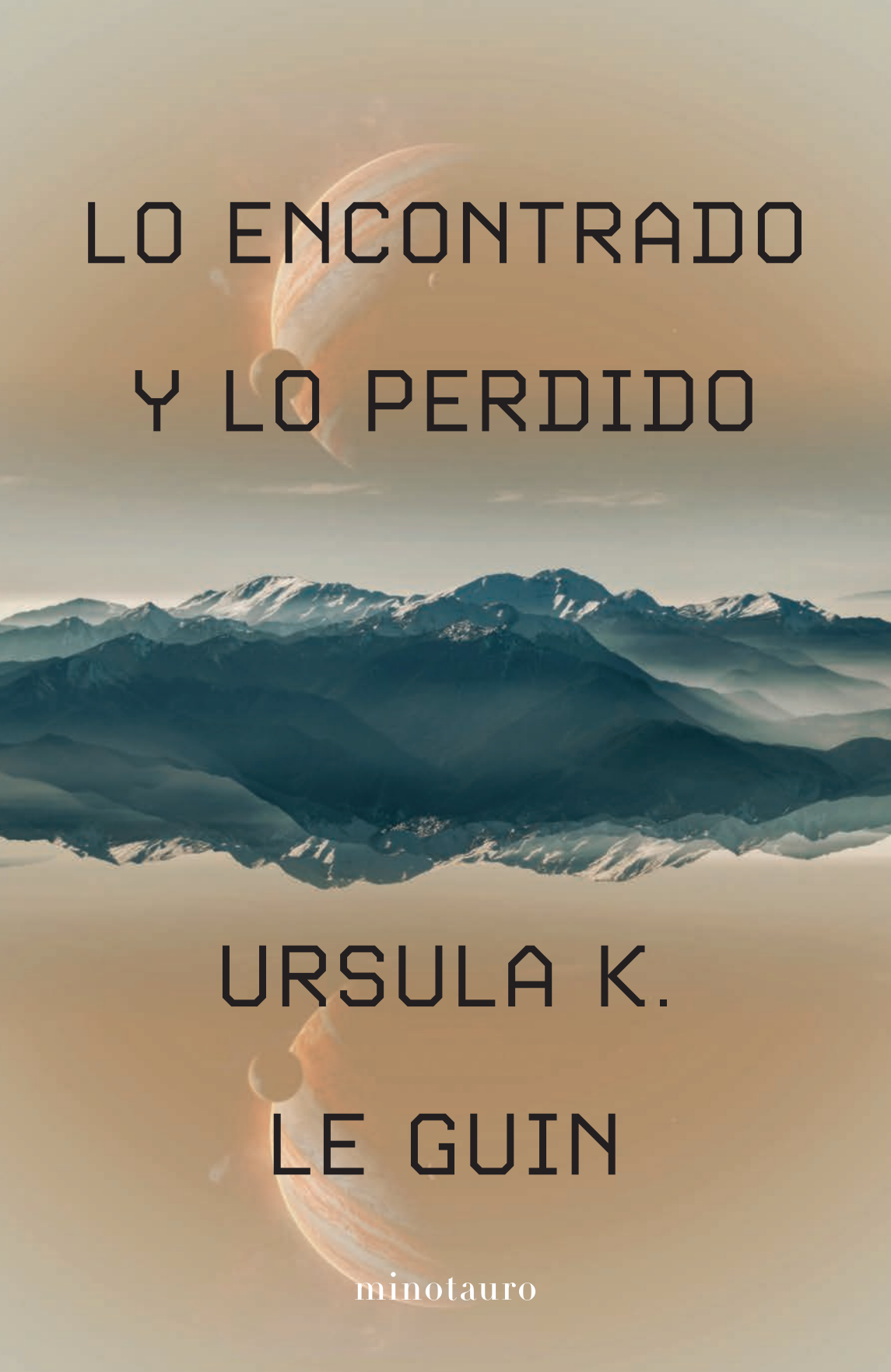




LO ENCONTRADO Y LO PERDIDO

URSULA K.
LE GUIN

minotauro

LO ENCONTRADO
Y LO PERDIDO

RELATOS SELECCIONADOS

URSULA
K. LE GUIN

minotauro

Sumario

1. Más vasto que los imperios y más lento	11
Árboles otra vez.	11
2. Chicas búfalo, ¿no salís esta noche?	46
I	46
II	53
III.	62
IV.	68
V	76
3. Hernes	79
4. La cuestión de Seggri.	148
Informe del capitán Aolao-olao	148
De las notas de la móvil Gerindu'Uttahayudetwe'Merande, de un informe de Alegría al Ecumen, 93/1334	151
Amor fuera de lugar <i>por Sem Gridji</i>	167
Esbozo autobiográfico del móvil Ardar Dez.	177
5. Un pescador del Mar Interior	191
6. El día del perdón	232
7. Un hombre del pueblo	292
Stse.	292

<i>Kathhad y Ve</i>	306
<i>Yeowe</i>	317
8. La liberación de una mujer	345
1. <i>SHOMEKE</i>	345
2. <i>ZESKRA</i>	363
3. <i>LA CIUDAD</i>	369
4. <i>YEOWE</i>	387
9. Música Antigua y las mujeres esclavas	411
10. El descubridor	463
I. En la Época Oscura	463
II. Nutria	467
III. Golondrina	507
IV. Medra	560
11. En el Gran Pantano	563
12. Dragónvolador	593
I. Iria	593
II. Marfil	600
III. Azver	622
IV. Irian	648
13. Paraísos perdidos	658
La bola de tierra	658
Definición privativa	659
El tigre	660
Si nada es muy distinto de ti, lo que sea un poco distinto de ti será muy distinto de ti	661
Ponerse la ropa	661
Luis es distinto	664
V	664
La poeta	665
4-Liu Yao	668
El mundo flotante	670
La burbuja	673
Roxana y Rosa	675

Recibir el mensaje	676
¿Qué significa <i>aparte</i> en un mundo cerrado?	678
Estúpidos	678
4-Nova Ed	680
Sobre la naturaleza	682
Un experimento controlado	685
El garan	687
¿Adónde estamos yendo?	691
Circulación	693
Los síndromes	695
Los ancestros de los ángeles	697
La Iglesia y el Estado	698
El funeral y el nacimiento de la Beatitud	699
Convertirse en ángeles	701
Dentro, fuera	703
Palabras de la Tierra	706
4-Canaval	707
El sexo en el cuenco de cristal	710
Yin yang	712
Integridad	713
Errores	715
Contar el número de ángeles	717
Los enemigos de la Beatitud	719
Alma, dime qué es la muerte	723
En el puente	731
El consejo plenario	732
La sopa se espesa	734
La gran celebración del año 161, día 88	734
En el puente, año 161, día 101	736
Un anuncio de extraordinaria importancia, año 161, día 202	739
El verdadero camino	741
Una elección, año 162, día 112	742
Una muerte, año 162, día 205	742
Un nacimiento, año 162, día 223	743
El registro de la Intención a la Llegada	745

Un pragmático	747
Una muerte, año 163, día 202.	749
El destino	749
Después de este no hay más títulos, porque el mundo ha cambiado, los nombres cambian, el tiempo no se mide como antes y el viento se lo lleva todo	750

Más vasto que los imperios y más lento

Árboles otra vez

Si no recuerdo mal, Robert Silverberg, que publicó por primera vez este relato en *New Dimensions 1*, me pidió con mucha amabilidad que le cambiara el título. Me di cuenta de que cualquiera que lo leyera quizás pensaría a mitad de la lectura que el título es descriptivo en exceso respecto a la propia trama, pero era demasiado bello y demasiado acertado como para no aprovecharlo, y el señor Silverberg me permitió mantenerlo. Es de Andrew Marvell, *A su tímida amante*:

«Nuestro amor vegetal debería crecer
más vasto que los imperios, y más lento...».

Al igual que *Nueve vidas*, esto no es un psicomito, sino una historia de ciencia ficción corriente, desarrollada no para una trama de acción/aventura, sino psicológica. A menos que la acción física refleje la acción psíquica, o que los hechos sean una expresión de la persona, me aburren mucho las tramas de aventuras; a menudo parece que cuanto más acción hay, menos sucede en la historia. Por supuesto, lo que me interesa es lo que ocurre en el interior. En el espacio interior de los personajes. Todo el mundo tiene bosques en la mente, bosques inexplorados, interminables. Todas las personas se pierden en su bosque, cada noche, a solas.

Aquí, oculto en el follaje, hay un pequeño acto de homenaje. El protagonista de *El que da forma*, de Roger Zelazny, uno de los mejores

relatos de ciencia ficción que conozco, se llama Charles Render. Yo bauticé un síndrome con su nombre.

Solo durante las primeras décadas de la Liga, la Tierra envió naves en aquellos viajes extremadamente largos, más allá de los límites, más allá las estrellas y mucho más lejos. Buscaban mundos que no hubieran sido sembrados o colonizados por los Fundadores en Hain; mundos verdaderamente alienígenas. Todos los Mundos Conocidos se remontaban al Origen Hainita, y los terrestres, a quienes los hainitas no solo habían fundado, sino también salvado, se sentían resentidos por ello. Querían alejarse de la familia. Querían encontrar a alguien nuevo. Los hainitas, como si fueran unos padres tediosamente comprensivos, apoyaron sus exploraciones y aportaron naves y voluntarios, al igual que lo hicieron otros mundos de la Liga.

Toda esa gente voluntaria de las tripulaciones del Sondeo Extremo compartía una peculiaridad: no estaban en su sano juicio.

Al fin y al cabo, ¿qué persona con cierta cordura saldría a recoger información que no se recibiría hasta al cabo de cinco o diez siglos? Todavía no se había eliminado la interferencia de masas cósmicas del funcionamiento del ansible, por lo que la comunicación instantánea solo era fiable en un radio de ciento veinte años luz. Los exploradores estarían bastante aislados. Y, por supuesto, no tenían ni idea de lo que encontrarían a la vuelta, si es que volvían. Ningún ser humano mentalmente equilibrado que hubiera experimentado un deslizamiento temporal de unas pocas décadas entre mundos de la Liga se ofrecería voluntario para un viaje de ida y vuelta de siglos. Los sondeadores eran escapistas, inadaptados. Estaban locos.

Diez de ellos subieron a bordo del transbordador en Puerto Sme-ming e intentaron conocerse durante los tres días que tardaron en llegar a su nave, la *Gum*. «Gum» es un sobrenombre cetiano, del estilo de «carriño» o «cielo». La tripulación la componían dos cetianos, dos hainitas, un beldeno y cinco terranos; la nave, de construcción cetiana, la había fletado el gobierno de la Tierra. Su variopinta tripulación subió a bordo retorciéndose uno a uno por el tubo de acoplamiento, como espermatozoides aprensivos tratando de fecundar el universo. El transbordador

partió y el navegante puso en marcha la *Gum*. Revoloteó durante algunas horas por el borde del espacio, a unos pocos cientos de millones de kilómetros de Puerto Smeming, y luego desapareció abruptamente.

Cuando, al cabo de 10 horas y 29 minutos, o 256 años, la *Gum* reapareció en el espacio normal, se suponía que se encontraba en las proximidades de la Estrella KG-E-96651. Efectivamente, allí estaba la cabeza de alfiler dorada de la estrella. En algún lugar dentro de una esfera de cuatrocientos millones de kilómetros había también un planeta verdoso, el Mundo 4470, según los mapas de un cartógrafo cetiano. Ahora lo que la nave tenía que hacer era encontrar el planeta, algo que no era tan fácil como podría parecer si se tenía en cuenta que aquello era como un pajar de cuatrocientos millones de kilómetros. Y la *Gum* no podía dar vueltas por el espacio planetario a casi la velocidad de la luz; si lo hacía, tanto ella como la Estrella KG-E-96651 y el Mundo 4470 podrían acabar haciendo ¡pam! Tenía que avanzar lentamente, utilizando la propulsión de sus cohetes, a unos cientos de miles de kilómetros por hora. Asnanifoil, el matemático navegante, sabía muy bien dónde debía estar el planeta y calculaba que se podría alcanzar en unos diez días T. Mientras tanto, los miembros del equipo de sondeo se conocieron un poco más.

—No lo aguanto —declaró Porlock, el científico puro (químico, además de físico, astrónomo, geólogo, etc.), y en su bigote aparecieron pequeñas manchas de saliva—. Ese hombre está loco. No entiendo cómo es posible que se le considerara apto para formar parte de un equipo de sondeo, a menos que se trate de un experimento deliberado de incompatibilidad, planeado por la Autoridad, que nos usa como cobayas.

—Normalmente utilizamos hámsteres y gules hainitas —contestó con educación Mannon, el científico social (psicólogo, además de psiquiatra, antropólogo, ecólogo, etc.). Era uno de los hainitas— en lugar de cobayas. Bueno, creo que ya lo sabes, pero lo cierto es que el señor Osden es realmente un caso muy raro. De hecho, es el primer individuo totalmente curado del síndrome de Render, una variedad de autismo infantil que se creía incurable. El gran analista terrano Hammergeld razonó que la causa de la condición autista en este contexto clínico era una capacidad empática excesiva, y desarrolló un tratamiento apropiado. El señor Osden es el primer paciente que se sometió a ese tratamiento; de hecho, vivió con el doctor Hammergeld hasta los dieciocho años. La terapia fue un éxito completo.

—¿Un éxito?

—Pues sí. Sin duda, ya no es autista.

—¡No, pero es insoportable!

—Bueno, verás, la reacción defensiva-agresiva normal entre desconocidos que se reúnen por primera vez, digamos como tú y el señor Osden, por ejemplo, es algo de lo que apenas eres consciente; las costumbres, los modales o la falta de atención hacen que la pasemos por alto. Hemos aprendido a ignorarla, hasta el punto de que incluso podríamos negar que existe —explicó Mannon, dirigiendo la mirada, aunque sin fijarse mucho, a las manchas de saliva del bigote de Porlock—. Sin embargo, el señor Osden, al ser empático, la siente. Siente sus propios sentimientos y los de los demás, y le cuesta distinguir cuál es cuál. Digamos que existe en él un elemento habitual de hostilidad hacia cualquier desconocido en su reacción emocional cuando lo conoce, además de una aversión espontánea por su aspecto, su ropa o su apretón de manos. No importa lo que sea, él nota esa aversión. Como ha desaprendido su defensa autista, recurre a un mecanismo de defensa agresivo, que es una respuesta del mismo tipo a la hostilidad que tú has proyectado en él sin darte cuenta.

Mannon se lo siguió explicando durante un buen rato.

—Eso no le da derecho a ser tan cabrón —replicó Porlock.

—¿No puede desentenderse de nosotros? —quiso saber Harfex, el biólogo, otro hainita.

—Es como oír —le aclaró Olleroo, la ayudante del científico puro, que estaba agachada para pintarse las uñas de los pies con esmalte fluorescente—. No hay párpados en los oídos. No hay un interruptor de apagado para la empatía. Oye nuestros sentimientos, quiera o no.

—¿Sabe lo que estamos pensando? —preguntó Eskwana, el ingeniero, y miró a su alrededor con verdadero temor.

—No —le espetó Porlock—. La empatía no es telepatía. Nadie tiene telepatía.

—Sin embargo —añadió Mannon con una sonrisita—, justo antes de irme de Hain llegó un informe muy interesante de uno de los mundos recientemente redescubiertos, enviado por un estudioso de las formas de vida superiores llamado Rocannon, que informaba de lo que parece ser una técnica telepática existente entre una raza homínida mutada, y que

se puede enseñar. Solo leí una sinopsis en el boletín de investigación sobre las formas de vida superiores, pero....

Continuó hablando sobre el tema. Los demás habían aprendido que podían charlar aparte mientras Mannon hablaba. A él no parecía importarle, ni siquiera el hecho de perderse gran parte de lo que decían los otros.

—Entonces, ¿por qué nos odia? —preguntó Eskwana.

—Nadie te odia, Ander —le contestó Olleroo, que ahora le pintaba de rosa fluorescente la uña del pulgar izquierdo al ingeniero. Éste se sonrojó y sonrió levemente.

—Pues se comporta como si nos odiara —intervino Haito, la coordinadora. Era una mujer de aspecto delicado y pura ascendencia asiática, con una voz sorprendente, ronca, profunda y suave, como la de una rana toro joven—. Si siente nuestra hostilidad, ¿por qué la aumenta con insultos y ataques constantes? No me parece que la cura del doctor Hammergeld fuera un éxito, la verdad, Mannon. Quizás el autismo sería preferible...

Se calló de repente. Osden había entrado en el camarote principal.

Parecía que lo habían desollado. Su piel era antinaturalmente blanca y fina, y dejaba ver las venas y las arterias como si fueran un mapa de carreteras descolorido en rojo y azul. Su nuez de Adán, los músculos que le rodeaban la boca, los huesos y ligamentos de sus muñecas y manos, todo destacaba con nitidez, como si se tratara de un ejemplo para una lección de anatomía. Tenía el cabello de un color óxido pálido, como la sangre secada durante mucho tiempo. Tenía cejas y pestañas, pero solo eran visibles bajo ciertas luces; lo que se veía eran los huesos de las cuencas oculares, el veteado de los párpados y unos ojos incoloros. No eran ojos rojos, pues no era realmente albino, pero tampoco eran azules o grises; los colores se habían anulado en sus ojos y habían dejado una claridad fría como el agua, infinitamente penetrable. Nunca miraba directamente a nadie. Su rostro carecía de expresión, como un dibujo anatómico, o una cara despellejada.

—Estoy de acuerdo en que incluso el retraimiento autista podría ser preferible a la contaminación de emociones baratas de segunda mano con las que me perturbáis —dijo en una voz tenor alta y áspera—. ¿Ahora por qué irradian odio, Porlock? ¿Es que no soportas verme? Vete a practicar algo de autoerotismo como hacías anoche, mejora tu estado de

ánimo. ¿Quién puñetas ha movido mis cintas? No toquéis mis cosas, ninguno de vosotros. No lo permitiré.

—Osden, ¿por qué eres tan cabrón? —dijo Asnanifoil con su gran voz retumbante.

Ander Eskwana se acobardó y se tapó la cara con las manos. Los enfrentamientos le asustaban. Olleroo levantó la vista con expresión vacía pero ansiosa, la eterna espectadora.

—¿Por qué no iba a serlo? —replicó Osden. No miraba a Asnanifoil, y se mantenía físicamente lo más alejado posible de todos ellos en el atestado camarote—. Ninguno de vosotros constituye, en sí mismo, razón alguna para que cambie mi comportamiento.

Harfex, hombre reservado y paciente, intervino en ese momento.

—La razón es que vamos a pasar varios años juntos. La vida será más sencilla para todos si...

—¿Es que no eres capaz de entender que ninguno de vosotros me importa en absoluto? —dijo Osden.

Agarró sus microcintas y salió del compartimento. Eskwana se marchó a dormir, de repente. Asnanifoil empezó a dibujar estelas en el aire con el dedo, murmurando los Rituales Canónicos.

—La única explicación a su presencia en el equipo es que se trata de un complot por parte de la Autoridad Terrana. Me di cuenta casi de inmediato. Esta misión está destinada al fracaso —le susurró Harfex a la coordinadora mirando por encima de su hombro.

Porlock jugueteaba con el botón de su bragueta, y tenía lágrimas en los ojos. Ya dije que estaban todos locos; no exageraba.

De todos modos, no es que no tuvieran justificación. Los miembros de un equipo de Sondeo Extremo esperaban que sus compañeros estuvieran bien formados, fueran inteligentes y, aunque inestables, personalmente simpáticos. Tendrían que trabajar juntos en espacios reducidos y lugares desagradables, y era de esperar que las paranoias, depresiones, manías, fobias y compulsiones de unos y otros fueran lo suficientemente leves como para mantener buenas relaciones personales, al menos la mayor parte del tiempo. Quizás Osden era inteligente, pero su formación era incompleta y su personalidad desastrosa. Solo lo habían enviado por su peculiar don, el poder de la empatía; propiamente dicho, de la receptividad bioempática de amplio alcance. Su talento no se limitaba a una

especie: era capaz de captar la emoción o la sensibilidad de cualquier ser que sintiera. Podía compartir la lujuria con una rata blanca, el dolor con una cucaracha aplastada y la fototropía con una polilla. La Autoridad había decidido que, en un mundo alienígena, sería útil saber si algo cercano es capaz de sentir y, en caso afirmativo, cuáles son sus sentimientos hacia el otro. El título de Osden era nuevo: era el sensor del equipo.

—¿Qué es la emoción, Osden? —le preguntó Haito Tomiko un día en el camarote principal, en un intento de entablar alguna relación con él, aunque fuera complicado—. ¿Qué es, exactamente, lo que captas con tu sensibilidad empática?

—Algo asqueroso —respondió el hombre con su voz aguda y exasperada—. Los excrementos psíquicos del reino animal. Camino entre tus heces.

—Intentaba conocer algunos hechos.

Pensó que le había contestado con un tono de voz admirablemente tranquilo.

—No buscabas hechos, intentabas comprenderme. Con algo de miedo, algo de curiosidad y mucho desagrado. Como se pincha a un perro muerto para ver cómo se arrastran los gusanos sobre él. ¿Te vas a enterar de una vez por todas que no quiero que me comprendan, que lo quiero es que me dejen en paz? —Su piel estaba moteada de rojo y violeta, y había elevado el tono de voz—. ¡Vete a revolcarte en tu propia mierda, zorra amarilla! —gritó ante su silencio.

—Tranquilo —le dijo ella, todavía en voz pausada, pero lo dejó solo enseguida y se fue a su camarote.

Por supuesto, Osden tenía razón sobre sus motivos. La pregunta había sido mayoritariamente un pretexto, un simple esfuerzo por interesarle. Pero ¿qué había de malo en ello? ¿Acaso ese esfuerzo no implicaba respeto por el otro? En el momento de hacer la pregunta, ella había sentido, como mucho, una ligera desconfianza hacia él; sobre todo había sentido lástima por él, aquel pobre cabrón arrogante y tóxico, el señor Sin Piel, como lo llamaba Olleroo. ¿Qué esperaba que sintiera con esa forma de actuar? ¿Amor?

—Supongo que no soporta que nadie sienta lástima por él —comentó Olleroo, tumbada en la litera inferior, dorándose los pezones.

—Entonces no puede formar ninguna relación humana. Todo lo que ese doctor Hammergeld hizo fue darle la vuelta al autismo...

—Pobre capullo —dijo Olleroo—. Oye, Tomiko, no te importa si Harfex viene un rato esta noche, ¿verdad?

—¿No puedes ir a su camarote? Estoy harta de tener que esperar siempre en el camarote principal al lado de ese puñetero cabeza de nabo pelado.

—Le odias, ¿verdad? Supongo que él lo siente. Pero anoche también dormí con Harfex, y Asnanifoil podría ponerse celoso, porque comparten camarote. Es más agradable aquí.

—Pues atiéndelos a los dos —le soltó Tomiko con la tosquedad propia de la modestia ofendida. Su subcultura terrestre, la asiática oriental, era puritana. La habían educado en la castidad.

—A mí solo me gusta uno por noche —respondió Olleroo con inocente serenidad. En Beldene, el Planeta Jardín, no conocían la castidad, ni habían descubierto la rueda.

—Entonces, prueba con Osden —le sugirió Tomiko.

Su inestabilidad personal rara vez era tan evidente como en ese momento: una profunda desconfianza en sí misma que se manifestaba como destructivismo.

Se había ofrecido voluntaria para esa misión porque, con toda probabilidad, era inútil hacerlo.

La pequeña beldena levantó la vista, con el pincel en la mano y los ojos muy abiertos.

—Tomiko, eso que has dicho es muy sucio.

—¿Por qué?

—¡Sería algo repugnante! Osden no me atrae en absoluto.

—No sabía que eso te importaba —dijo Tomiko con indiferencia, aunque sí lo sabía. Recogió unos papeles y salió del camarote comentando—: Espero que tú y Harfex o quien sea hayáis terminado antes de la última campanada; estoy cansada.

Olleroo empezó a llorar. Las lágrimas cayeron goteando sobre sus pequeños pezones dorados. Lloraba con facilidad. Tomiko no había llorado desde que tenía diez años.

No era una nave feliz, pero el ambiente mejoró cuando Asnanifoil y sus ordenadores encontraron el Mundo 4470. Allí yacía una joya de color verde oscuro como la verdad en el fondo de un pozo gravitatorio. Mientras veían crecer el disco de jade se formó entre ellos un sentimien-

to de reciprocidad. El egoísmo de Osden y su eficaz crueldad sirvieron en ese momento para unir a los demás.

—Tal vez lo enviaron como un gron de castigo —sugirió Mannon—. Lo que los terranos llaman un chivo expiatorio. Quizás su influencia sea buena, después de todo.

Y todos, muy cuidadosos en ser amables los unos con los otros, se mostraron de acuerdo.

Entraron en órbita. No había luces en el lado de la noche, en los continentes no se veía ninguna de las líneas y los coágulos que crean los animales que construyen.

—No hay seres humanos — murmuró Harfex.

—Por supuesto que no —le replicó Osden, que tenía una pantalla para él solo y la cabeza dentro de una bolsa de polietileno. Afirmaba que el plástico reducía el ruido empático que recibía de los demás—. Hemos pasado dos siglos luz del límite de la Expansión Hainita, y fuera de ella no hay seres humanos. En ninguna parte. ¿No creerás que la Creación cometió el mismo horrible error dos veces?

Nadie le hizo mucho caso; miraban con afecto aquella inmensidad de jade que tenían debajo, donde había vida, aunque no humana. Ellos eran unos inadaptados entre los humanos, y lo que ahora veían allí no era desolación, sino paz. Incluso Osden no parecía tan inexpresivo como de costumbre: fruncía el ceño.

Descenso en fuego sobre el mar; reconocimiento aéreo; aterrizaje. Una llanura cubierta de algo parecido a la hierba, espesa, verde, de tallos arqueados, rodeaba la nave, rozaba las cámaras de visión extendidas y embadurnaba las lentes con un fino polen.

—Parece una fitosfera pura —apuntó Harfex—. Osden, ¿captas algo sintiente?

Todos se volvieron hacia el sensor. Había abandonado la pantalla y se estaba sirviendo una taza de té. No contestó. Rara vez contestaba a las preguntas que le hacían.

La rigidez quitinosa de la disciplina militar era totalmente inaplicable a estos equipos de científicos locos; su cadena de mando estaba a medio camino entre el procedimiento parlamentario y el orden jerárquico, y habría vuelto loco a un oficial del servicio regular. Sin embargo, por decisión inescrutable de la Autoridad, la doctora Haito Tomiko había

recibido el título de coordinadora, y en ese momento ejerció su prerrogativa por primera vez.

—Señor sensor Osden, por favor, responda al señor Harfex.

—¿Cómo podría «captar» algo del exterior con las emociones de nueve homínidos neuróticos pululando a mi alrededor como moscas en el estiércol? —dijo Osden sin girarse—. Cuando tenga algo que decir, se lo diré. Soy consciente de mi responsabilidad como sensor. Sin embargo, si se atreve a darme una orden otra vez, coordinadora Haito, me consideraré liberado de mi responsabilidad.

—Muy bien, señor sensor. Confío en que no necesitaré órdenes de ahora en adelante.

La voz de rana toro de Tomiko sonó tranquila, pero dio la impresión de que Osden se estremecía ligeramente mientras se mantenía de espaldas a ella, como si una oleada de su rencor reprimido le hubiera golpeado con fuerza física.

La corazonada del biólogo resultó acertada. Cuando empezaron los análisis de campo, no encontraron animales, ni siquiera entre la microbiota. Allí nadie se comía a nadie. Todas las formas de vida eran fotosintéticas o saprófagas, vivían de la luz o de la muerte, no de la vida. Todo eran plantas. Plantas infinitas, ni una sola especie conocida por los visitantes de la casa de la Humanidad. Infinitos tonos e intensidades de verde, violeta, púrpura, marrón, rojo. Infinitos silencios. Solo el viento se movía y agitaba hojas y frondas; un viento cálido que soplaba cargado de esporas y polen, que soplaba el dulce polvo verde pálido sobre praderas de grandes hierbas, brezales que no llevaban brezo, bosques sin flores donde ningún pie había caminado ni ningún ojo había mirado. Un mundo cálido y triste. Triste y sereno. Los sondeadores, que deambulaban como vagabundos por soleadas llanuras de filicaliformes violetas, hablaban en voz baja entre sí. Sabían que sus voces rompían un silencio de mil millones de años, el silencio del viento y las hojas, las hojas y el viento, aquel soplaba y cesaba y soplaba de nuevo. Hablaban en voz baja, pero siendo humanos, hablaban.

—Pobre Osden —comentó Jenny Chong, bióloga y técnica, mientras pilotaba un helijet en el recorrido de cuadrangulación del Polo Norte—. Con todo ese material de alta fidelidad en el cerebro y nada que recibir. Qué fracaso.

—Me dijo que odia las plantas —comentó Olleroo con una risita.

—Cabría pensar que le gustarían, ya que no le molestan tanto como lo hacemos nosotros.

—No estoy seguro de que me gusten mucho estas plantas —apuntó Porlock mientras miraba las ondulaciones púrpuras del Bosque Circumpolar del Norte—. Es todo igual. Sin mente. Sin cambios. A quien se quedara aquí a solas se le iría la cabeza.

—Pero todo está vivo —le explicó Jenny Chong—. Y si vive, Osdén lo odia.

—En realidad no es tan malo —afirmó Olleroo, magnánima.

Porlock la miró de reojo y le preguntó:

—¿Alguna vez te has acostado con él, Olleroo?

Olleroo rompió a llorar y exclamó:

—¡Los terranos sois repugnantes!

—No lo ha hecho —intervino Jenny Chong, dispuesta a defenderla—. ¿Y tú? ¿Tú lo has hecho, Porlock?

El químico soltó una carcajada incómoda: «¡ja, ja, ja!». En su bigote aparecieron varias motas de saliva.

—Osdén no soporta que lo toquen —respondió Olleroo con voz temblorosa—. Una vez le rocé por accidente y me apartó de un golpe como si yo fuera algo... sucio. Para él, todos somos cosas.

—Es malvado —declaró Porlock con voz tensa, lo que las sobresaltó a las dos—. Acabará destrozando este equipo, sabotéandolo, de un modo u otro. Recuerda bien lo que te digo. No está capacitado para convivir con otras personas.

Aterrizaron en el Polo Norte. Un sol de medianoche ardía sobre las colinas bajas. Las hierbas de brioformo, cortas, secas y de color rosa verdoso, se extendían en todas direcciones, que eran todas la misma: el sur. Subyugados por el increíble silencio, los tres sondeadores instalaron sus instrumentos y se pusieron a trabajar. Tres virus que se movían minuciosamente sobre la piel de un gigante inmóvil.

Nadie le pedía a Osdén que lo acompañase a los viajes como piloto, fotógrafo o grabador, y él nunca se ofrecía voluntario, por lo que rara vez abandonaba el campamento base. Transmitía los datos taxonómicos botánicos de Harfex a través de los ordenadores de la nave y actuaba de ayudante para Eskwana, cuyo trabajo allí era principalmente de repara-

ción y mantenimiento. Eskwana había empezado a dormir mucho, veinticinco horas, o incluso más de treinta y dos horas diarias, y solo aparecía en medio de la reparación de una radio o la comprobación de los circuitos de guiado de un helijet. La coordinadora se quedó un día en la base para observarlo todo. Allí no había nadie más, salvo Poswet To, que sufría ataques epilépticos. Mannon la había conectado a un circuito terapéutico en un estado de catatonía preventiva. Tomiko envió informes a los bancos de almacenamiento y vigiló a Osden y Eskwana. Pasaron dos horas.

—Puede que te venga mejor utilizar 860 microwaldos para sellar esa conexión —comentó Eskwana con su voz baja y dubitativa.

—¡Es evidente!

—Perdona. Es que acabo de ver que tenías los 840 ahí...

—Y los sustituiré cuando saque los 860. Cuando no sepa qué hacer, te pediré ayuda, ingeniero.

Tomiko dejó pasar un minuto y miró a su alrededor. Tal y como se esperaba, allí estaba Eskwana, profundamente dormido, con la cabeza sobre la mesa y el pulgar en la boca.

—Osden.

La cara blanca no se volvió, no habló, pero le transmitió con una actitud impaciente que la estaba escuchando.

—No puedes hacer caso omiso de la vulnerabilidad de Eskwana.

—No soy responsable de sus reacciones psicopáticas.

—Pero sí eres responsable de las tuyas. Eskwana es esencial para nuestro trabajo aquí, y tú no. Si no puedes controlar tu hostilidad, debes evitarle por completo.

Osden dejó sus herramientas y se puso en pie.

—¡Pues con mucho gusto! —replicó con su voz vengativa y rasposa—. No te haces una idea de lo que es experimentar los terrores irracionales de Eskwana. Tener que compartir su horrible cobardía, tener que encojerse con él ante cualquier cosa.

—¿Intentas justificar tu crueldad hacia él? Creía que tenías más amor propio —Tomiko se dio cuenta de que estaba temblando de rencor—. Si tu poder empático realmente te hace compartir la angustia de Ander, ¿por qué nunca te induce la menor compasión?

—Compasión —repitió Osden—. Compasión. ¿Qué sabes tú de la compasión?

Ella lo miró fijamente, pero él no le devolvió la mirada.

—¿Quieres que verbalice el afecto emocional que sientes ahora mismo hacia mí? Puedo hacerlo con más precisión que tú misma. Estoy entrenado para analizar esas respuestas a medida que las recibo. Y, efectivamente, las recibo.

—Pero ¿cómo esperas que me sienta amable contigo cuando te comportas como lo haces?

—¿Qué importa cómo me comporte, cerda estúpida? ¿Crees que eso supondría alguna clase de diferencia? ¿Crees que el ser humano corriente es un manantial de bondad amorosa? Mis dos opciones son ser odiado o ser despreciado. Como no soy ni una mujer ni un cobarde, prefiero que me odien.

—Menuda mierda. Autocompasión. Toda persona tiene...

—Pero yo no soy una persona —la interrumpió Osden—. Estáis todos vosotros, y luego estoy yo. Yo soy único.

Asombrada por aquel atisbo de abismal solipsismo, Tomiko se quedó callada un rato. Luego dijo, sin rencor ni piedad, de un modo aséptico:

—Pues podrías suicidarte, Osden.

—Ya te gustaría, Haito —se burló—. No soy depresivo, y el *seppuku* no es lo mío. ¿Qué quieres que haga aquí?

—Vete. Libérate y libéranos. Coge la aeronave y un alimentador de datos y vete a hacer un recuento de especies. Al bosque, Harfex todavía no ha comenzado con los bosques. Elige una zona boscosa de cien metros cuadrados, en cualquier punto dentro del alcance de radio, pero fuera del alcance de tu empatía. Informa a las ocho y a las veinticuatro horas todos los días.

Osden se marchó, y durante cinco días no se supo nada de él, salvo los lacónicos mensajes de «todo bien» dos veces al día. El estado de ánimo en el campamento base cambió radicalmente. Eskwana se mantenía despierto hasta dieciocho horas al día. Poswet To sacó su laúd estelar y entonó las Armonías Celestiales (una música que habría enfurecido a Osden). Mannon, Harfex, Jenny Chong y Tomiko dejaron de tomar tranquilizantes. Porlock destiló algo en su laboratorio y se lo bebió él solo. Tuvo resaca. Asnanifoil y Poswet To celebraron una Epifanía Numérica que duró toda la noche, una orgía mística de matemáticas supe-

riores que es el principal placer del alma religiosa cetiana. Olleroo durmió con todos. El trabajo fue bien.

El científico puro llegó a la carrera a la base abriéndose paso entre los altos y carnosos tallos de los graminiformes.

—Hay algo en el bosque... —Tenía los ojos desorbitados, jadeaba, le temblaban el bigote y los dedos—. Algo grande. Se movía, detrás de mí. Estaba poniendo un punto de referencia, agachado. Vino hacia mí. Como si bajara balanceándose de los árboles. Detrás de mí.

Miró a los demás con los ojos sin brillo, por el terror o el agotamiento.

—Siéntate, Porlock. Tranquilízate. A ver, cuéntalo de nuevo. Viste algo...

—No con claridad. Solo el movimiento. Con una intención. No sé qué era. Algo que se movía solo. En los árboles, los arboriformes, como sea que los llames. Al borde del bosque.

Harfex se mostró sombrío.

—En este planeta no hay nada que pueda atacarte, Porlock. Ni siquiera hay microzoos. Es imposible que haya un animal grande.

—¿Y si lo que has visto es una epífita que caía de repente, una enredadera que se soltaba detrás de ti?

—No —rechazó Porlock—. Venía hacia mí, a través de las ramas, rápidamente. Cuando me volví, se alejó de nuevo hacia arriba. Hizo un ruido, una especie de choque. Si no era un animal, ¡Dios sabe lo que podría ser! Era grande, tan grande como un humano, al menos. Tal vez de color rojizo. No pude verlo bien, no estoy seguro.

—Era Osden, haciendo un número de Tarzán —dijo Jenny Chong.

Soltó una risita nerviosa, y Tomiko reprimió una carcajada salvaje. Pero Harfex no sonrió.

—La verdad es que hay un sentimiento de inquietud bajo los arboriformes —dijo con su voz educada y reprimida—. Me he dado cuenta. De hecho, puede que por eso haya pospuesto la tarea de trabajar en los bosques. Hay una cualidad hipnótica en los colores y el espaciado de los tallos y ramas, sobre todo en los dispuestos helicoidalmente, y los lanzadores de esporas crecen tan espaciados con regularidad que parece antinatural. Lo encuentro bastante desagradable, subjetivamente hablando. Me pregunto si un efecto más fuerte de este tipo no te habrá producido una alucinación...

Porlock negó con la cabeza. Se humedeció los labios.

—Estaba allí —insistió—. Había algo. Se movía con una intención. Intentaba atacarme por la espalda.

Cuando Osden llamó, puntual como siempre, a las veinticuatro horas de aquella noche, Harfex le contó lo sucedido a Porlock.

—¿Ha encontrado algo, señor Osden, que pueda corroborar lo detectado por el señor Porlock de una forma de vida móvil y sintiente en el bosque?

«Ssss» zumbó la radio con sarcasmo.

—No. Es mentira —dijo la desagradable voz de Osden.

—Lo cierto es que usted lleva dentro del bosque más tiempo que cualquiera de nosotros —comentó Harfex con una cortesía implacable—. ¿Está de acuerdo con mi impresión de que el ambiente de allí tiene un efecto bastante perturbador y posiblemente alucinógeno en las percepciones?

«Ssss».

—Estoy de acuerdo en que las percepciones de Porlock se perturban con mucha facilidad. Que se quede en su laboratorio, hará menos daño. ¿Algo más?

—De momento no —dijo Harfex, y Osden cortó la llamada.

Nadie era capaz de creerse lo que Porlock contaba, pero nadie fue capaz de desacreditarlo. Estaba convencido de que algo, algo grande, había intentado atacarlo por sorpresa. Era difícil negarlo, ya que se encontraban en un mundo desconocido, y todos los que habían entrado en el bosque habían sentido cierto escalofrío y presentimiento bajo los «árboles». («Llamadlos árboles, claro», les había dicho Harfex. «En realidad son la misma cosa, solo que, por supuesto, totalmente diferentes»). Coincidieron en que todos se habían sentido inquietos, o habían tenido la sensación de que algo los observaba a su espalda.

—Tenemos que aclarar esto —afirmó Porlock, y pidió que lo enviaran al bosque como ayudante temporal de biólogo, al igual que a Osden, para explorar y observar. Olleroo y Jenny Chong se ofrecieron voluntarias si podían ir en pareja. Harfex envió a toda la tripulación al bosque cercano al lugar donde estaban acampados, una vasta extensión que cubría las cuatro quintas partes del Continente D. Prohibió llevar armas. No debían salir de un semicírculo de setenta y cinco kilómetros,

que incluía el emplazamiento actual de Osden. Todo el mundo informó dos veces al día, durante tres jornadas. Porlock comunicó que le pareció haber visto algo que se asemejaba a una gran figura semierecta moviéndose entre los árboles al otro lado del río; Olleroo estaba segura de haber oído la segunda noche cómo algo se movía cerca de la tienda de acampada.

—No hay animales en este planeta —afirmó Harfex con obstinación.

Poco después, Osden faltó a su llamada matutina.

Tomiko esperó menos de una hora y luego voló con Harfex hacia la zona desde donde Osden se había comunicado la noche anterior. Pero mientras el helijet planeaba sobre el mar de hojas violáceas, ilimitable, impenetrable, sintió una desesperación provocada por el pánico.

—¿Cómo vamos a encontrarlo en medio de todo esto?

—Informó del aterrizaje en la orilla del río. Solo hay que encontrar el aerocoche; estará acampado cerca de él, y no puede haberse alejado mucho de su campamento. El recuento de especies es un trabajo lento. Ahí está el río.

—Y ahí está su vehículo —dijo Tomiko cuando captó el brillante destello de tonos extrajeros entre los colores vegetales y las sombras—. Vamos.

Dejó la nave en modo vuelo estático y bajó la escalera. Harfex y ella descendieron y el mar de vida se cerró sobre sus cabezas.

Cuando sus pies tocaron el suelo del bosque, desabrochó la funda donde llevaba la pistola. Luego miró a Harfex, que estaba desarmado, y dejó el arma guardada, pero no apartó la mano de ella. En cuanto se alejaron unos metros del río, de cauce lento y marrón, no se oyó ningún ruido y la luz se volvió tenue. Los grandes troncos se erguían bien separados, casi regulares, casi iguales; eran de corteza tierna, algunos parecían lisos y otros esponjosos, grises o pardo-verdosos o marrones, retorcidos con enredaderas en forma de cable y engalanados con epífitas, y extendían ramas rígidas y enmarañadas llenos de grandes hojas oscuras en forma de platillo que creaban un techo de veinte a treinta metros de grosor. El suelo bajo sus pies era blando y elástico como un colchón, con cada centímetro anudado con raíces y salpicado de pequeños brotes de hojas carnosas.

—Ahí está su tienda —avisó Tomiko, acobardada al oírse en aquella enorme comunidad de los sin voz.